

cialismo, también esclavo de la rutina, no ha acertado sino á protestar contra los efectos, en vez de levantar la voz contra las causas; y la razón ha debido reconocer al fin, ante el espectáculo de tantos males, que se había desviado de su camino.

No puede el hombre alcanzar su bienestar sino en cuanto su razón y su libertad marchen de acuerdo sin detenerse jamás en su desarrollo. Ahora bien, como el progreso de la libertad, del mismo modo que el de la razón, es indefinido, y como, por otra parte, estas dos fuerzas están íntimamente ligadas y son solidarias, es preciso deducir de ahí que la libertad es tanto más perfecta cuanto más se determina conforme á las leyes de la razón, que son las de las cosas; y que si esa razón fuese infinita, infinita llegaría á ser también la libertad. En otros términos, la plenitud de la libertad está en la plenitud de la razón: *summa lex, summa libertas*.

Estos preliminares eran indispensables para apreciar bien el papel de las máquinas, y hacer resaltar el encadenamiento de las evoluciones económicas. A propósito de esto, recordaré al lector que escribo esta historia insiguiendo, no el orden de los tiempos, sino la sucesión de las ideas. Las fases ó categorías económicas, ya son contemporáneas en sus manifestaciones, ya están intervertidas; y de aquí procede la extrema dificultad que han encontrado en todas épocas los economistas para sistematizar sus ideas; de aquí el caos de sus obras, aún de las más recomendables bajo cualquiera otro punto de vista, como las de A. Smith, J. Bautista Say y Ricardo. Pero las teorías económicas tienen también su sucesión lógica y su serie en el entendimiento; y este orden es el que nos lisonjamos de haber descubierto, y hará á la vez de esta obra una filosofía y una historia.

§ II. Contradicción de las máquinas. — Origen del capital y del salario.

Por lo mismo que las máquinas disminuyen la fatiga del jornalero, abrevian y disminuyen el trabajo, que de esta suerte va siendo de cada día más ofrecido y ménos solicitado. Es verdad que poco á poco, como la baja de precios aumenta el consumo, se restablece el equilibrio y son de nuevo llamados los trabajadores; mas como, por otra parte, los adelantos industriales se suceden sin tregua, y hay constantes tendencias á sustituir el trabajo de las máquinas al del hombre, se sigue de aquí, que la hay también á suprimir una parte del servicio, y, por lo tanto, á eliminar de la producción á los obreros. Ahora bien, sucede en el orden económico lo que en el espiritual: no hay salvación fuera de la Iglesia, ni forma de vivir fuera del trabajo. La sociedad y la naturaleza, igualmente implacables, están de acuerdo para ejecutar este nuevo decreto.

« Cuando una nueva máquina, ó en general un procedimiento expeditivo cualquiera, dice J. B. Say, reemplaza un trabajo del hombre ya en marcha, queda sin él una parte de los brazos industrioses por haber sido útilmente suplido su servicio. — Desempeña, pues, una nueva máquina el trabajo de una parte de los jornaleros, pero no disminuye la cantidad de las cosas producidas, porque todo el mundo se guardaría entonces de adoptarla: no hace sino *cambiar de lugar la renta*. No obstante, los efectos ulteriores hablan todos en favor de las máquinas; porque es óbvio que si baja el valor en la venta, por la abundancia del producto y lo módico del precio útil, gozará de este beneficio el consumidor, es decir, todo el mundo. »

El optimismo de Say es una infidelidad á la lógica

y á los hechos. No se trata aquí tan sólo de un pequeño número de accidentes desgraciados, ocurridos en un lapso de treinta siglos por la introduccion de una, dos ó tres máquinas; trátase de un fenómeno regular, general y constante. Despues de haber, como dice Say, *cambiado de lugar* la renta por una máquina, lo ha de cambiar por otra, luego por otra, y siempre por otra, mientras queda trabajo que hacer y cambios que efectuar. Así debe ser presentado y considerado el fenómeno; y habremos de convenir entónces en que cambia singularmente de aspecto. El cambio de lugar de la renta, la supresion del trabajo y del salario es un azote crónico, permanente, indeleble, una especie de cólera que ya se presenta bajo la figura de Guttemberg, ya reviste la de Arkwright, ya toma el nombre Jacquard, ya el de James Watt ó el del Marqués de Jouffroy. Despues de haberse cebado por más ó ménos tiempo en el mundo industrial bajo una forma, toma el monstruo otra; y los economistas, que le creen ya fuera, exclaman: «si no era nada.» Tranquilos y satisfechos, mientras presentan con todo el peso de su dialéctica el lado positivo de la cuestion, cierran los ojos sobre el lado subversivo, salvo siempre el recurso, en cuanto vuelva á hablarse de miseria, de empezar de nuevo sus sermones sobre lo imprevisores y borrachos que son los trabajadores.

«En 1750 — esta observacion, del Sr. Dunoyer, da la medida de todas las elucubraciones de la misma especie — en 1750, la poblacion del ducado de Lancaster era de almas. 300.000

»En 1801, gracias al desarrollo de las máquinas de hilados, esta poblacion era ya de. 672.000

»En 1831 era de. 1.336.000

»Ocupaba antiguamente la industria algodонера

sólo 40.000 obreros, y ocupa hoy, despues de la invencion de las máquinas, 1.500.000.»

Añade el Sr. Dunoyer, que en el período en que tomó tan singular extension el número de los jornaleros empleados en esta industria, el precio del trabajo llegó á ser una vez y media mayor de lo que ántes era. Luego, no habiendo hecho la poblacion sino seguir el movimiento industrial, su aumento ha constituido un hecho normal y bajo ningun punto de vista vituperable, ántes un hecho fausto, puesto que se le cita en honra y gloria del desarrollo mecánico. El Sr. Dunoyer, sin embargo, hace de improviso un cambio de frente: habiendo faltado trabajo para tantas máquinas de hilados, hubieron necesariamente de disminuir los salarios, así que la poblacion llamada por las máquinas, se vió por las máquinas abandonada y sin trabajo. El abuso del matrimonio, dice entónces el Sr. Dunoyer, es la causa de la miseria.

Estimulado el comercio inglés por su inmensa clientela, llama jornaleros de todas partes y convida al matrimonio: mientras el trabajo abunda, el matrimonio es cosa excelente, y se citan con gusto sus efectos en interés de las máquinas; mas como la clientela es inconstante, en cuanto falta el trabajo y el salario, se dice á voz en grito que se abusa del matrimonio y se acusa de imprevisores á los jornaleros. La economía política, es decir, el despotismo propietario, jamás puede dejar de tener razon: la culpa es siempre de los proletarios.

Háse citado muchas veces, y siempre con una idea optimista, el ejemplo de la imprenta. El número de personas que hoy mantiene la imprenta, es quizá mil veces mayor de lo que lo era, ántes de Guttemberg, el de los copistas é iluminadores: luego, se dice con aire de satisfaccion, la imprenta no ha perjudicado á

nadie. Podrían citarse infinitos hechos análogos, sin que se pudiese rechazar siquiera uno, pero sin que adelantase tampoco la cuestión ni un paso. Nadie niega, repito, que las máquinas hayan contribuido al bienestar general; pero sostengo en vista de este hecho irrefragable, que los economistas faltan á la verdad cuando dicen de una manera absoluta que la *simplificación de los procedimientos no ha dado en ninguna parte por resultado la disminución del número de los brazos empleados en una industria cualquiera*. Lo que deberían decir los economistas, es que las máquinas, del mismo modo que la división del trabajo, en el actual sistema de economía social, son á la vez una fuente de riqueza y una causa fatal y permanente de miseria.

«En 1836, en un taller de Manchester, nueve telares, cada uno de trescientos veinte y cuatro husos, estaban dirigidos por cuatro hilanderos. Doblóse luego la longitud de las cajas de los talleres, y habiéndose puesto en cada uno seiscientos ochenta husos, bastaron dos hombres para dirigirlos.»

Hé aquí en bruto el hecho de la eliminación del jornalero por la máquina. Por una simple combinación quedaron descartados de cuatro jornaleros tres: ¿qué importa que á los cincuenta años, doblada la población del globo, cuadruplicada la clientela de los ingleses, y construidas nuevas máquinas, volviesen á tomar los fabricantes otros tantos trabajadores? ¿Pensarán los economistas poderse prevaler del aumento de la población en favor de las máquinas? Renuncien entonces á la teoría de Malthus, y dejen de declamar contra la excesiva fecundidad de los matrimonios.

«No pararon aquí las cosas: pronto una nueva mejora mecánica permitió que un solo obrero hiciese el trabajo que hacían antes cuatro.»—Nueva reduc-

ción de tres cuartas partes sobre la mano de obra, entre todo, reducción de quince diez y seisavos sobre el trabajo del hombre.

«Un fabricante de Boston escribe por otra parte: la prolongación de las cajas de nuestros talleres nos permite que empleemos sólo veinte y seis hilanderos donde en 1837 necesitábamos treinta y cinco.»—Otra diezma de trabajadores: de cada cuatro, una víctima.

Están sacados estos hechos de la *Revista Económica* de 1842, y no hay nadie que no pueda indicarlos análogos. He presenciado la introducción de las prensas mecánicas en la imprenta, y puedo decir que he visto por mis propios ojos los males que han ocasionado á los prensistas. Hace quince ó veinte años que se las introdujo, y desde entonces acá, unos han ido á la caja, otros han abandonado la profesión, muchos han muerto de miseria: así se verifica la pretendida refundición de los trabajadores á consecuencia de las innovaciones industriales.—Hace veinte años, ochenta barcos de diferentes clases hacían el servicio de navegación de Beaucaire á Lyon: todo ha desaparecido ante una veintena de buques de vapor. A no dudarlo, ha ganado en ello el comercio; ¿pero qué ha sido de la marinería? ¿Ha pasado de los buques á los vapores? No; ha ido á donde van todas las industrias vacantes: ha desaparecido.

Por lo demás, los datos que siguen, sacados de la misma fuente, darán una idea más positiva de la influencia que ejercen sobre la suerte de los jornaleros las mejoras industriales.

«El término medio por semana de los salarios en Manchester, es de 12 francos 50 céntimos, ó sean 10 schelines. De 450 obreros, no hay 40 que ganen 25 francos.»—El autor del artículo tiene buen cuidado de hacer observar que un inglés consume cinco ve-

ces más que un francés; y es esto, por lo tanto, como si un obrero en Francia debiese vivir con 2 francos 50 céntimos por semana.

Revista de Edimburgo de 1835: «A una coalicion de obreros, que no querian dejar reducir sus salarios, se debe la caja de Sharpe y Roberto de Manchester; y esta invencion ha sido un rudo castigo para los imprudentes coaligados.»—Esta palabra *castigo*, mereceria ser castigada. La invencion de Sharpe y Roberto de Manchester, debia naturalmente surgir de la situacion: el hecho de haberse negado los obreros á sufrir la rebaja que se les pedia, no ha sido más que su causa determinante. Al ver el aire de venganza que se da la *Revista de Edimburgo*, ¿no se diria, á la verdad, que las máquinas tienen un efecto retroactivo?

Un fabricante inglés, decia por otro lado: «La in-subordinacion de nuestros obreros, nos ha hecho pensar en la manera de *pasarnos sin ellos*. Hemos hecho y estimulado todos los esfuerzos de inteligencia imaginables para reemplazar el servicio de los hombres con instrumentos más dóciles, y lo hemos conseguido. La mecánica ha librado el capital de la opresion del trabajo. Donde ahora empleamos un hombre, no es más que provisionalmente, es decir, sólo para mientras se inventa para nosotros el medio de hacer sin él su tarea.»

¡Qué sistema el que lleva á un negociante á pensar con fruicion en que la sociedad podrá pronto pasar sin hombres! ¡*La mecánica ha librado el capital de la opresion del trabajo!* Esto es como si el ministerio intentase librar el presupuesto de la opresion de los contribuyentes. ¡Insensato! Si los obreros os cuestan, son tambien vuestros compradores: ¿qué hariais de vuestros productos si, rechazados los jornaleros por vosotros, no los consumiesen? Así las máquinas, despues de haber aplastado á los trabajadores, no

tardan en herir de rechazo á los maestros; porque si la produccion excluye el consumo, se ve pronto obligada á pararse.

«Durante el cuarto semestre de 1841, cuatro grandes quiebras, ocurridas en una ciudad fabril de Inglaterra, han puesto en la calle á 1.720 personas.»—Esas quiebras eran debidas á exceso de produccion, ó lo que es lo mismo, á la insuficiencia de los mercados, ó sea á la miseria de los pueblos. ¡Qué lástima que la mecánica no haya podido tambien librar el capital de la opresion de los consumidores! ¡Qué desgracia que las máquinas no compren los tejidos que fabrican! Habria llegado la sociedad á su ideal, si el comercio, la agricultura y la industria, pudiesen marchar sin que hubiese un hombre en la tierra.

«En una parroquia del Yorkshire, hace nueve meses que los obreros no trabajan sino dos dias por semana.»—Máquinas.

«En Geston, dos fábricas tasadas en 60.000 libras esterlinas, han sido vendidas por 26.000.—Producian mucho más de lo que podian vender.»—Máquinas.

«En 1841, el número de los niños de *ménos* de trece años disminuye en las fábricas, porque los de *más* de trece ocupan sus puestos.»—Máquinas. El obrero adulto se hace de nuevo aprendiz, se hace de nuevo niño: este resultado venia previsto desde la fase de la division del trabajo, durante la cual hemos visto bajar la calidad del obrero á medida que se perfecciona la industria.

Al terminar, el periodista hace esta reflexion: «desde 1836, la industria algodonera está en retroceso, es decir, no guarda ya relacion con las demás industrias; resultado previsto tambien por la teoría de la proporcionalidad de los valores.

Hoy, parecen haber cesado en todos los puntos de

Inglaterra las coaliciones y las huelgas de jornaleros, y los economistas se regocijan con razon de esa vuelta al orden, mejor diremos al sentido comun. Mas, de que los trabajadores no agraven ya en adelante, así cuando ménos lo espero, con sus voluntarias vacaciones la miseria que les crean las máquinas, ¿se sigue que la situacion haya cambiado? Y si en nada ha cambiado la situacion, ¿dejará de ser lo futuro más que la triste copia de lo pasado?

Los economistas se complacen en dar reposo á su espíritu contemplando el cuadro de la felicidad pública: por este signo se les reconoce y se reconocen entre sí. No faltan, sin embargo, entre ellos imaginaciones tristes y enfermizas, siempre dispuestas á oponer á los relatos de una prosperidad creciente, las pruebas de una obstinada miseria.

Así resumia Teodoro Fix la situacion general en Diciembre de 1844:

«La subsistencia de los pueblos no está ya expuesta á esas terribles perturbaciones causadas por las carestías y los casos de hambre, tan frecuentes hasta el comienzo del siglo XIX. Lo variado del cultivo y los adelantos agricolas han conjurado este doble azote de una manera casi absoluta. En 1791, la produccion total del trigo en Francia estaba valuada en cerca de 47 millones de hectólitros: lo que daba, deducidas las siembras, 1 hectólitro 65 centilitros por habitante. En 1840, está valuada la misma produccion en 70 millones de hectólitros, ó sean 1 hectólitro 82 centilitros por individuo, no estando, sin embargo, cultivada más superficie de tierra de la que lo estaba ántes de la revolucion..... Las materias elaboradas han crecido en proporciones, por lo ménos, tan fuertes como las sustancias alimenticias, y puede decirse que la masa de los tejidos se ha más que doblado y quizá triplicado en cincuenta años. Ha conducido á

este resultado el sucesivo adelanto de los procedimientos técnicos.

»Desde principios del siglo, la vida media ha aumentado de dos ó tres años, indicio irrecusable de un mayor bienestar, ó si se quiere, de una atenuacion de la miseria.

»En el espacio de veinte años, la cifra de las contribuciones indirectas, sin que se las haya agravado en nada, han subido de 540 millones á 720, síntoma de progreso económico, más bien que de progreso fiscal.

»En 1.º de Enero de 1844, la Caja de Depósitos y Consignaciones, debia á las de Ahorros 351 millones y medio, y París figuraba en la suma por 105 millones. La institucion no ha tomado, sin embargo, algun desarrollo, sino desde hace doce años, y es preciso observar que los 351 millones y medio debidos actualmente á las Cajas de ahorros, no constituyen la masa entera de las economías realizadas, puesto que, en determinados momentos, se da otro destino á los capitales acumulados..... En 1843, de 320.000 jornaleros y 80.000 sirvientes que contenia la capital, 90.000 jornaleros habian depositado en la Caja de ahorros 2.547.000 francos, y 34.000 sirvientes 1.268.000.»

Todos estos hechos son completamente ciertos, y la consecuencia que de ellos se deduce en favor de las máquinas, no puede tampoco ser más exacta: han dado en efecto al bienestar general un poderoso impulso. Pero los hechos que vamos á citar no son ménos auténticos, y la consecuencia que de ellos se deducirá contra las máquinas no será tampoco ménos justa, es á saber, que son una incesante causa de pauperismo. Apelo á las cifras del mismo Sr. Fix.

De 320.000 jornaleros y 80.000 sirvientes que residen en París, hay 230.000 de los primeros, y 46.000

de los segundos, total 276.000, que nada ponen en las Cajas de ahorros. No creo que nadie se atreva á sostener que sean 276.000 haraganes y pródigos que se exponen voluntariamente á la miseria. Ahora bien, como entre los mismos que hacen economías los hay pobres y de mediana conducta, para quienes el ahorro no es más que una tregua en el camino del libertinaje y la miseria, decimos que de todos los individuos que viven de su trabajo, cerca de las tres cuartas partes, ó son imprevisores, perezosos y libertinos, puesto que nada ponen en la Caja de ahorros, ó son demasiado pobres para realizar economías. No hay otra alternativa. Pero, á falta de caridad, no permite el sentido comun que se acuse en masa á los trabajadores; forzoso es, por lo tanto, atribuir la falta á nuestro régimen económico. ¿Cómo no ha visto el Sr. Fix que sus cifras se volvieran contra sí mismas?

Se espera que con el tiempo, todos ó casi todos los trabajadores estén inscritos en las Cajas de ahorros. Sin esperar al testimonio del tiempo, podemos ver desde luego si es fundada la esperanza.

Segun el Sr. Vée, alcalde del 5.º distrito de París, el número de las familias pobres inscritas en los registros de las oficinas de beneficencia, es de 30.000; lo cual nos da 65.000 individuos. El padron hecho á principios de 1846, ha dado hasta 88.474. — Y las familias pobres, pero no inscritas, ¿cuántas son? — Otras tantas. Pongamos, pues, 180.000 pobres, no dudosos, aunque no oficiales. — Y los que viven en la penuria con apariencias de comodidad, ¿cuántos son aún? — Dos veces tanto: total en París, 360.000 personas que viven con escasez.

«Se habla del trigo, dice otro economista, el señor Leclerc; pero ¿no hay acaso poblaciones inmensas que no prueban el pan? Sin salir de nuestra misma

patria, ¿no hay poblaciones que viven exclusivamente de maíz, de alforfón, de castañas?.....»

El Sr. Leclerc denuncia el hecho: interpretémosle. Si, como no es dudoso, se deja sentir el aumento de poblacion, principalmente en las grandes ciudades, es decir, en los puntos en que se consume más trigo, es obvio que ha podido aumentar el término medio por cabeza sin que haya mejorado la condicion general. Nada hay tan engañoso como un término medio.

«Háblase, continúa diciendo el mismo, del aumento del consumo indirecto. Se intentaría en vano legitimar la falsificacion parisiense: existe, tiene sus maestros, sus hombres hábiles, su literatura, sus tratados didácticos y clásicos. Poseía Francia vinos exquisitos: ¿qué se ha hecho de ellos? ¿qué se ha hecho de esa brillante riqueza? ¿Dónde están los tesoros creados desde Probo, por el genio nacional? Y sin embargo, cuando se consideran los excesos á que da lugar el vino, donde quiera que esté caro, donde quiera que no éntre en el régimen regular; cuando en París, capital del reino de los buenos vinos, se ve al pueblo saciándose de un yo no sé qué falsificado, adulterado, nauseabundo, execrable á veces, y aún á las personas acomodadas bebiendo en sus casas, ó aceptando sin chistar en las fondas de fama, vinos llamados tales, de sabor indefinible, de color violáceo, de una insipidez, de una pobreza, de una miseria, capaces de hacer estremecer al más pobre campesino de Borgoña ó de Turena; ¿cabe dudar de buena fe de que los líquidos alcohólicos no sean una de las más imperiosas necesidades de nuestra naturaleza?.....»

He citado entero este pasaje, porque resume para un caso particular todo lo que habria que decir sobre los *inconvenientes* de las máquinas. Sucede, relativa-